

Teoría de la verdad

JESÚS GONZÁLEZ REQUENA

1. Verdad objetiva: lógica, fáctica

La verdad objetiva de la ciencia: fáctica y verdad lógica

¿Qué entendemos nosotros, los modernos, como verdad?

Habitualmente damos a esta palabra dos sentidos diferenciados: hablamos de verdad fáctica y de verdad lógica.

Comenzaremos por la primera. La verdad fáctica estriba en la correspondencia de los enunciados y los hechos. Es una verdad objetiva, es decir, desubjetivizada, organizada sobre la exclusión del sujeto.

Ese carácter objetivo, desubjetivizado, de la verdad fáctica se hace especialmente visible en el procedimiento que permite establecerla: el método experimental. Pues éste exige un control de toda intromisión del sujeto experimentador: de hecho el experimento sólo es válido si puede ser repetido por cualquier otro experimentador. Lo que permite confirmar que se ha anulado la subjetividad de cualquiera de ellos.

Y esto es válido también para el observador de Heisenberg. Pues si es cierto que el diseño experimental presupone el punto de vista de un observador que influye sobre los hechos generados, ese observador no es, propiamente, un sujeto, pues no es su singularidad de sujeto lo que lo constituye. Es, en todo caso, el sujeto trascendental kantiano, es decir, una entidad abstracta, no más que un agente de un proceso que cualquier otro investigador puede, más allá de su singularidad subjetiva, repetir y, en esa medida confirmar o desechar sus hipótesis.

Ese carácter abstracto, esa intercambiabilidad del observador es lo que hace posible el experimento mismo en tanto generador de la objetividad.

Por su parte, la verdad lógica es la técnica de la correcta inferencia: determina las deducciones que podemos realizar a partir de determinados enunciados. Es, en esa medida, una cuestión de coherencia discursiva. O, dicho en otros términos, es ésta una verdad sintáctica. Y en el límite, como Wittgenstein señalara, esencialmente tautología: nada hay, en lo inferido, que se encuentre previamente en las condiciones que hacen posible la inferencia.

No menos que la verdad fáctica, la verdad lógica es también objetiva. Pues depende de las propiedades de esos objetos que son los signos y de las de los enunciados que los articulan. Es, en suma, una cuestión de código. Por lo demás, su carácter objetivo, desubjetivizado, lo demuestran inequívocamente esas máquinas modernas que la realizan: los ordenadores. Los ordenadores funcionan en tanto movilizan enunciados dotados de una coherencia inapelable, definidos inequívocamente en ese código cerrado que llamamos *programa*. El sujeto, frente a ellos, sólo aparece como una fuente potencial de ruido.

De manera que tanto la verdad fáctica como la verdad lógica se caracterizan por ser verdades objetivas: dependen exclusivamente de los objetos y son, en esa misma medida, en todo independientes de los sujetos.

La verdad objetiva es el territorio y el patrimonio de la ciencia.

Los objetos de la ciencia / las cosas de lo real

Una aclaración es, a este propósito, necesaria: hablamos de los *objetos*, no de las *cosas*.

Pues las cosas son siempre singulares, irrepetibles. A ellas no se les puede aplicar el método experimental, que exige por principio de la repetición del experimento.

La ciencia sólo se ocupa de *objetos*: y sus objetos no son las *cosas*. Son categorías de cosas –es decir: conceptos–: pues sólo la categoría puede repetirse.

Los objetos de la ciencia son en esa misma medida conceptos teóricos,

categorías necesariamente genéricas, abstractas. Es decir signos. Pues, como se sabe, todo signo es categórico, es decir, designa un conjunto indefinido de cosas singulares. Pero, eso sí, signos definidos por el discurso de la ciencia. De manera que las verdades objetivas son el efecto del discurso de la ciencia.

El discurso de la ciencia: un discurso sin sujeto

Conviene por ello que nos detengamos en las propiedades semióticas de este peculiar discurso que es el de la ciencia, pues de él depende lo que llamamos la *verdad objetiva*.

Cuatro rasgos quisiera destacarles del discurso de la ciencia. Ya hemos introducido el primero: su carácter abstracto.

El segundo es su carácter hipercodificado, es decir, hipergramaticalizado: sus signos y sus enunciados deben poseer significados precisos, unívocos, totalmente reductibles al código.

Por eso, si en una situación determinada es necesario introducir un enunciado que desborde lo que el código hace posible, será necesario escribir código: modificar la teoría o, si esto no es posible, crear una nueva –crear, en suma, un nuevo código.

Para introducir el tercero de los rasgos característicos del discurso de la ciencia, deberemos llamar la atención sobre el hecho de que su hipercodificación tiene por objeto no sólo definir con precisión sus signos y enunciados, sino también, simultáneamente, garantizar la plena eficacia en su comunicación.

Pues esa es también la condición del método experimental: para que el experimento pueda ser repetido –y, así, validada o rechazada su hipótesis– debe poder ser, previamente, comunicado con absoluta precisión. ¿Cómo, si no, podría ser exactamente repetido?

De manera que el experimento, en tanto diseñado para poder ser comunicado, es configurado como un discurso definido de manera precisa y sistemática.

Por ello, lo que llamamos diseño experimental mismo, es exactamente eso: un discurso que define con precisión todas las variables que intervienen en el experimento.

Así –tal es el tercer rasgo– que el discurso de la ciencia se nos presenta como uno de carácter transparente. Queremos decir con ello que es transparente con respecto al código. Y lo será, en esa misma medida, sólo para aquellos, los científicos, que dominen ese código.

El cuarto rasgo se deduce también de los anteriores: como hemos señalado, el objetivo de la transparencia de la ciencia es hacer posible la repetición objetiva del experimento. De manera que cualquier miembro de la comunidad científica pueda repetirlo para así confirmar o descartar la hipótesis. Así, el hecho objetivo es aquel que todos los miembros de la comunidad científica pueden verificar como repetido si repiten el experimento.

De lo que se deduce que lo que llamamos objetividad de la ciencia es, en sentido estricto, intersubjetividad.

Lo objetivo es, en todos los casos, lo intersubjetivo: aquello que todo sujeto puede verificar en tanto que se somete a reglas y procedimientos que eliminan su singularidad, es decir, su subjetividad.

Y así, la intersubjetividad se nos manifiesta como la vía de la objetividad y de la desubjetivización: todos los observadores, en tanto meros ejecutores de ese discurso, el diseño experimental, que modela y preside el experimento pueden repetirlo en la medida, precisamente, en que, en aras a la intersubjetividad, anulan, excluyen la singularidad que los hace sujetos.

De manera que la intersubjetividad se nos descubre finalmente como la condición de la objetividad, es decir, de la neutralización y exclusión de la subjetividad.

Por ello, para evitar la confusión entre lo intersubjetivo –en tanto condición comunicativa de la objetividad– y lo auténticamente subjetivo –y, en esa misma medida, opuesto a lo objetivo– les propondría usar la expresión de lo intrasubjetivo: ese constituyente radical de la subjetividad que por su singularidad real escapa necesariamente a todo proceso comunicativo.

Por tanto: cuarto rasgo: el discurso de la ciencia es objetivo, es decir, intersubjetivo, es decir, desubjetivizado.

Y porque el discurso de la ciencia es abstracto, hipercodificado, transparente e intersubjetivo, se nos descubre finalmente como un discurso

que carece de sujeto. Como él, la verdad objetiva es, igualmente, abstracta, transparente y desubjetivizada: de hecho es el producto de esas máquinas de objetividad que son las máquinas de la ciencia –hoy en día los experimentos y los ordenadores se confunden cada vez más intensamente en la práctica científica.

Efecto puro de la lógica significativa, el discurso de la ciencia –y la realidad objetiva que construye– funciona al margen del sujeto.

Las verdades objetivas no son lo real

De manera que las verdades objetivas no son lo real en sí mismo –pues lo real es siempre singular e irrepetible–, sino lo real en tanto modelado por el discurso de la ciencia: sometido a sus signos, a sus reglas sintácticas y semánticas.

Nace así la realidad de la ciencia como el conjunto de las verdades objetivas que el discurso de la ciencia construye.

Y, a través de esos ámbitos aplicados del discurso de la ciencia que son los discursos tecnológicos, configura lo que la modernidad concibe como la realidad.

Occidente confina la verdad al ámbito de la objetividad

Por eso, a partir de determinado momento, Occidente, fascinado por la eficacia de la objetividad científica recién conquistada, ha creído poder confinar la verdad al ámbito de la objetividad. No existiría, entonces, relación entre la verdad y la subjetividad que no fuera de otra índole que negativa: si la verdad es objetiva, sus correlatos negativos, el error y la mentira, aparecerían con el resultado de la intervención de la subjetividad.

De manera que la palabra *verdad*, en tanto que parece agotarse en sus correlaciones internas –sintácticas, lógicas– o externas –fácticas, se confunde con la *objetividad*, y en esa misma medida, con respecto a ella, pierde autonomía, toda densidad específica.

Hasta convertirse, en el límite, en una palabra innecesaria.

No puede extrañarnos, entonces, que el pensamiento deconstructivo

haya conducido a la conclusión de que toda verdad subjetiva es necesariamente una mixtificación. O, como dijera el que fue el primero de los filósofos de la deconstrucción, el Marqués de Sade, una quimera.

2. El espacio subjetivo de la verdad

El espacio subjetivo de la verdad

Ahora bien ¿podemos prescindir de la verdad, es decir: de la verdad subjetiva?

Quisiera llamarles la atención sobre otro sentido de la palabra verdad, pero es éste uno que ya casi hemos olvidado, que ha caído en desuso en los discursos de la modernidad, incluso cuando, desanimada, ha adoptado el nombre de posmodernidad.

Podríamos decir, por ello, que se trata un sentido premoderno. Me refiero al que se manifiesta en enunciados como *la verdad os hará libres*.

Desde luego, es este un sentido que nada tiene que ver con la verdad lógica ni con la verdad objetiva: pues son estas verdades que no *nos hacen libres*: sólo nos encadenan al orden discursivo –sintáctico o fáctico.

Digo que no son éstas verdades *que nos harán libres*, pues sólo hay libertad donde hay elección para el sujeto.

Quisiera proponerles, por ello, en lo que sigue, una reivindicación de la dimensión simbólica, subjetiva, de la verdad.

Pues pienso que hay buenos motivos para diferenciar la verdad de la objetividad. Es decir: para reivindicar el espacio subjetivo de la verdad. Pues pienso que nos va en ello no mucho sino, realmente, todo.

Veamos unos ejemplos.

El campo de la verdad y el acto del lenguaje: Casablanca

El primero procede de *Casablanca*. Un matrimonio de turistas norteamericanos sentados en una terraza de la ciudad se sorprenden ante un inesperado tumulto.



Turista americana: -¿Qué está ocurriendo ahí?

Turista americano: -No lo sé, querida.

Un francés sentado en una mesa próxima interviene en la conversación:

Francés: -Perdónenme, perdónenme señores; ¿es que no lo han oído?

Turista americano: -Oímos poco y entendemos todavía menos.

Francés: -Han matado a dos correos alemanes en el desierto, en el desierto no ocupado. Así es que por eso detienen a refugiados, a liberales y a alguna guapa chica para el capitán Renaud, prefecto de policía....

...La hez de Europa ha venido a Casablanca, más algunos pobres refugiados cuya única esperanza es Casablanca y esperan meses por el visado.

Se lo advierto Monsieur, mucho ojo, mucho cuidado, esto está plagado de buitres, bandidos, por todas partes. Por todas partes.



Turista americano: -Gracias. Muchas gracias.

Francés: -De nada, au revoir monsieur, au revoir Madame.

Turista americano: -Au revoir. Divertido hombrecillo. ¡Camarero!...

Vaya por Dios...

Turista americana: -¿Qué pasa?

Turista americano: -Mi cartera, me la dejé en el hotel... eh...

Sin duda lo que este personaje, el carterista, dice es una verdad objetiva: constituye un enunciado fáctico, objetivamente validable, indiscutible. Es un hecho, en suma, que *algunos* llevan años esperando un visado. La escoria de Europa. Monsieur, desconfíe, este sitio está lleno de buitres, buitres por todas partes.

Y sin embargo no es menos cierto que, cuando lo dice, miente.

Pues sin duda Casablanca *está llena de buitres*. Pero, habría que añadir, *él es uno de ellos*.

De manera que miente porque no es quien dice ser. A pesar de la objetividad de su enunciado, la mentira es su sentido.

Nos encontramos, así, ante una situación en la que la verdad se sitúa del lado del sentido y no del significado. Pues el significado es objetivo: es una propiedad de los signos –y de los objetos, en tanto gestionados por ellos. El sentido, en cambio, es subjetivo: no es el significado en sí mismo, sino en su relación con un sujeto.

Y, con él, la cuestión de la verdad adquiere una nueva dimensión: más allá de la verdad del significado de un enunciado, nos encontramos con la problemática de la verdad de su sentido.

Y ésta, como acabamos de comprobar, es independiente de aquella, pues se sitúa ya no en el campo del enunciado –de su coherencia lógica o de su verdad fáctica– sino en el de la enunciación, es decir, en el ámbito del acto del lenguaje.

Y es que la verdad y la mentira no residen en el enunciado, sino en la enunciación: no en el significado del primero, sino en el sentido del acto que constituye la segunda.

Queda pues localizado el campo subjetivo de la verdad: el del acto que sustenta la palabra que dice.

¿Pero no se tratará de eso, precisamente, en el final del film, en la escenografía dramática de un aeropuerto donde la palabra enunciada se materializará de inmediato como renuncia y, por eso, pérdida definitiva del objeto de deseo?

Verdad y deseo: Lo que el viento se llevó

Y es que, de hecho, existe una estrecha relación entre el deseo y la verdad.

Unas breves imágenes de *Lo que el viento se llevó* nos permitirán ilustrarlo.

En una fiesta celebrada para recabar fondos en apoyo al ejército Confederado se vitorea al Capitán Butler por haber logrado burlar el bloqueo yankee. Tras los aplausos, Butler se acerca a Escarlata O'Hara, cuyo velo de luto por la reciente muerte de su marido en el frente ha quedado enredado.



Capitán Butler: -Oh, permítame.

Sra. Winners: Capitán Butler... Es un placer volver a verle. Le conocí en casa de mi marido.

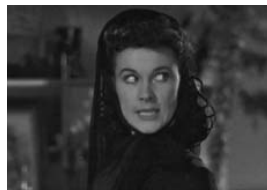
Capitán Butler: Es grato que me recuerde, sra. Winners.

Sra. Winners: -¿Conociste al capitán Butler en los doce robles, Escarlata?

Escarlata: Sí... creo que sí.

Capitán Butler: Sólo un momento, señora Hamilton. Fue en la biblioteca. A usted se le rompió un florero.

Escarlata: -Sí capitán Butler, le recuerdo a usted.



Soldado: -Señoras, la Confederación solicita sus joyas para ayudar a nuestra noble causa.

Escarlata: -No llevamos ninguna, estamos de luto.

Capitán Butler: -Espere. En nombre de las señoras Winners y Hamilton.

Gracias, capitán Butler.

Sra. Winners: -Espere un momento.

Soldado: -Pero... si es su anillo de boda.

Sra. Winners: -Tal vez le sea más útil a mi marido fuera de mi dedo.

Soldado: -Gracias.



Capitán Butler: Ha sido un rasgo muy hermoso, señora Winners.

Escarlata: -Tenga. Llévase el mío también. Por la causa.

Capitán Butler: -Lo mismo le digo, señora Hamilton. Se lo mucho que eso significa para usted.



Dos actos de igual significado y opuesto sentido

Nos encontramos, aquí, con dos actos iguales en su significado y, sin embargo, opuesto en su sentido.

Lo que el capitán Butler sabe de ella: que se casó por despecho con el hombre que ha muerto en la guerra y del que ahora es viuda.

Que a quien realmente amaba era al que ahora es el marido de la otra mujer.

Butler sanciona como verdadero –que la verdad es hermosa ya lo sabía Sócrates– el acto de la señora Winners.

E igualmente sanciona como falso, a través de su ironía, el gesto de Escarlata: sabe lo poco que eso significa para ella: es decir: sabe de su sentido, que no es el amor a la causa, sino su deseo narcisista de no quedar en segundo plano ante su amiga.

Constatamos, de nuevo, el carácter subjetivo de la verdad: la verdad no está en el enunciado, sino en la enunciación concebida como el acto del sujeto y, en esa misma medida, ligado de manera esencial a su deseo.

La promesa: *The Searchers*

Quisiera llamarles ahora la atención sobre la dimensión preformativa de la verdad. Me refiero a ese ámbito donde la verdad desafía netamente a lo real: la promesa.

Una admirable secuencia central de *The Searchers*, por su extremo despojamiento, manifiesta en toda su pureza la estructura de la promesa.

Los indios arrasaron el rancho familiar y mataron a todos sus habitantes, excepto a la hija pequeña, Debby, a la que llevaron consigo en su huida. Desde entonces, y durante años, Ethan, el tío paterno de la niña –y desde siempre silenciosamente enamorado de su madre– y Martin, su hermano adoptivo, viajan en su búsqueda. El relato que así se desenvuelve es también el trayecto de maduración del joven Martin bajo la guía de Ethan –quien le recogiera años atrás, cuando era niño, tras la muerte de sus padres en una razzia india semejante.

Martin: -Hemos fracasado. ¿Por qué no lo confiesa?

Ethan: -No. El que nos hayamos vuelto no significa nada, nada en absoluto. Si está viva se salvará. Por unos años..., la cuidarán como si fuera uno de ellos. Hasta que tenga edad de...

Martin: -Eh... Pero, ¿cree usted que hay posibilidad de encontrarla...?

Ethan:- El indio, tanto cuando ataca como cuando huye, es inconstante. Abandona pronto. No comprende que se pueda perseguir algo sin descanso. Y nosotros no descansaremos. De modo que al final daremos con ella. Te lo prometo. La encontraremos. Tan cierto como que la tierra da vueltas.

3. Hipótesis / Promesa

El juramento y la promesa

Podríamos formular así la estructura de la promesa: *(Yo) te prometo x.*

Lo específico de su estructura temporal estriba en que convoca dos tiempos diferenciados: en primer lugar, el aquí y ahora en que la promesa se formula, es decir, el presente de la enunciación. En segundo lugar, cierto futuro en el que algo habrá de suceder.

De manera que: *(Yo) (ahora) te prometo (que en el futuro se dará) x.*

Así, la promesa constituye un modo discursivo en todo diferente a la descripción, que sólo conoce un registro temporal. Esta doble temporalidad es esencial a su estructura: articula el presente con el futuro –y por eso constituye un relato sobre el futuro.

La promesa es una de las formas posibles de esa categoría más amplia que es el juramento –pues toda promesa es un juramento: pero hay muchos juramentos que no son promesas.

La fórmula esencial del juramento es: *Juro decir la verdad...* Pues sin duda todo juramento afirma decir la verdad.

El juramento constituye, por ello, una estructura enunciativa netamente subjetiva, caracterizada por una intensa función expresiva: pues el sujeto se compromete ahí, en su verdad –si la tiene...

La promesa, por su parte, es el juramento que, por articular dos registros temporales diferenciados, el presente y el futuro, se configura narrativamente: hace relato. O en otros términos: la promesa es la forma de juramento que afirma como verdad que habrá una verdad en el futuro. Por ejemplo: *juro que lo haré.* Por el contrario, los otros juramentos, los que no hacen relato, no son, en sí mismos, promesas: así: *Juro que eso ha sucedido, Juro que eso es así.* Pero convendría añadir: aunque el juramento no es, en sí mismo, un enunciado narrativo, presupone siempre un relato implícito del que depende su sentido –y, en esa misma medida, su verdad.

La promesa y la hipótesis

Existe una notable semejanza formal, cierto innegable isomorfismo, entre la promesa y la hipótesis, por lo que se refiere a su doble registro temporal. Pues ambas formas discursivas comparten la referencia a un futuro en el que el contenido de ambas deberá validarse: *ahora se postula que en cierto futuro x*. Existen, sin embargo, algunas diferencias fundamentales entre ambas.

Sin embargo, la enunciación subjetiva que caracteriza a todo juramento, traza la diferencia decisiva entre la promesa y la hipótesis. Pues la hipótesis, a diferencia de la promesa, se caracteriza por una enunciación no subjetiva: en ella todo se juega en el plano del enunciado.

Da igual que sea *Pepe* o *Jorge* quien la formule: la hipótesis posee su absoluta autonomía estructural en el plano enunciativo: de hecho su estructura es la de la implicación lógica: *si a, b y c, entonces x*.

Por eso, quién formule la hipótesis resulta en todo indiferente para su validez. Pues ésta, de existir, de ser cierta, depende del plano de la objetividad: de que ciertos hechos se produzcan objetivamente, de que ciertos objetos estén o dejen de estar ahí.

La validez de la promesa, en cambio, como la de todo juramento, está totalmente ligada al plano de la enunciación. Pues lo que se afirma en el juramento no es una propiedad del mundo –aunque una propiedad de éste pueda verse ahí en cuestión– sino el compromiso del sujeto que jura: en el juramento se ve comprometido todo el ser del sujeto.

De manera que sería más justo invertir el orden de la frase: hay sujeto porque, y sólo en la medida en que, uno puede sujetarse a sus juramentos.

Otra diferencia notable entre la hipótesis y la promesa atañe a sus respectivos regímenes de temporalidad. El presente y el futuro de la hipótesis, por su carácter eminentemente objetivo, desubjetivizado, es esencialmente lógico, como su estructura de implicación lógica evidencia. Es decir: abstracto.

Bien diferente es lo que sucede en la temporalidad de la promesa: por pivotar toda ella, no sobre el enunciado, como la hipótesis, sino sobre la enunciación, devuelve un tiempo esencialmente subjetivo, es decir, experiencial.

Quiero decir con ello que lo que se juega en ese futuro es esencialmente subjetivo: el que formula la promesa pone todo su ser en eso que, para el futuro, promete –y por cierto que de esto ofrece una ilustración radical la promesa de Ethan en *The Searchers*: todo su ser puesto en esa búsqueda.

Su tiempo, insisto, es experiencial, es decir: real. Y en ello se manifiesta bien su carácter de relato.

Pues la validez de la hipótesis, lo hemos dicho, es lógico-objetiva, vale, por eso, para cualquier momento en que se reúnan las variables apropiadas. La promesa, en cambio, no puede hacerse en cualquier momento. Hay momento para ella y de eso depende también su verdad.

Dos regímenes del lenguaje: el signo y la palabra

Se hace visible así que juramento e hipótesis participan de dos diferentes registros del lenguaje: el que diferencia al orden de los signos del orden de las palabras.

Las hipótesis se hacen con signos –objetos pertenecientes al código, independientes del sujeto–, las promesas, en cambio, con palabras –con actos de enunciación proferidos por sujetos y, en esa misma medida, singulares e irrepetibles. Por eso, sólo puede ser verdadera la palabra pronunciada por un ser real en un momento irrepetible del tiempo. Y en ello se percibe bien en qué medida el tiempo es la dimensión del sujeto.

La verdad de este acto no puede, por ello, ser universal –es decir: abstracta. Es por el contrario, necesariamente, siempre concreta.

Dos registros, decimos, del lenguaje: dos planos netamente diferenciados: el plano semiótico –el plano del signo, del código, de la abstracción y de la objetividad– y el plano simbólico –el plano de la palabra, del acto, siempre subjetivo del lenguaje.

Pues los signos son objetos comunicativos, se intercambian, se compran y se venden.

Las palabras, en cambio, se dan y se reciben. Es decir, si el régimen del registro semiótico es el del intercambio, el de lo simbólico es el de la donación. El plano, por eso mismo, en el que tiene lugar la fundación simbólica del sujeto.

Vemos actuar la palabra, por sí sola: plano vacío

Les decía que la secuencia de *The Searchers* que les he propuesto nos presenta la estructura de la promesa, trazada con un extremo despojamiento. Pues vemos, en ella, actuar la palabra, por sí sola.

Los personajes han perdido totalmente el rastro.

Y esto debe ser tomado al pie de la letra: de pronto, se han borrado todos los caminos, todas las huellas.

Todas menos esa que, los siglos vienen demostrándolo, es la más duradera: la palabra misma.

Por eso el plano vacío que abre esta secuencia está destinado a hacer oír la palabra en toda su densidad.

Entran los dos hombres en cuadro: en primer término Ethan, en segundo Martin, pero el caballo del segundo algo más adelantado que el del primero.



Es decir: delante –a la izquierda– el joven Martin. Detrás, con más masa en plano, y en primer término, Ethan. Destaca, en su figura, la funda india de su rifle.

interrogación

Martin: -Hemos fracasado.

Aparentemente este enunciado constituiría una afirmación.

Sin embargo, resulta evidente que, en el contexto de la secuencia, se conforma como el comienzo de una interrogación.

Martin: ¿Por qué no lo confiesa?

Ethan mantiene la mirada fija hacia fuera de cuadro –pero un fuera de cuadro que está menos a la izquierda de éste que en el interior mismo del personaje.



significado, sentido: la encontraremos

Ethan:- No. El que nos hayamos vuelto no significa nada, nada en absoluto.

Diríase que aquí la palabra es aislada en su dimensión esencial. Evidentemente, no es el significado lo que aquí está en juego, sino el sentido. Pues el que no la hayan encontrado tiene obviamente, significado. Pero no tiene, en cambio, sentido.



¿Dónde anida, entonces, el sentido?

Ethan:- Si está viva se salvará. Por unos años..., la cuidarán como si fuera uno de ellos. Hasta que tenga edad de...

Martin:- Eh... Pero, ¿cree usted que hay posibilidad de encontrarla...?

Ethan:- El indio, tanto cuando ataca como cuando huye, es inconstante. Abandona pronto. No comprende que se pueda perseguir algo sin descanso.

Los indios –*lo indio*– comparecen así como lo real: lo casual, lo que no está nunca donde se lo espera, lo inconstante. Por ello les llamaba la atención sobre la funda india del rifle de Ethan: de eso, de lo real que los indios designan en el film, el héroe sabe. Sabe del sinsentido de lo real. Y sabe, en esa misma medida, que el sentido es una cuestión de obcecación:

Ethan:- Y nosotros no descansaremos. De modo que al final daremos con ella. Te lo prometo. La encontraremos. Tan cierto como que la tierra da vueltas.

Todo el ser de Ethan late en esa promesa: a ella, la encontraremos.

Esto es, después de todo, lo que dice –pero, espero que se hayan ya dado cuenta de ello, la esencia del decir es siempre la promesa–: impondremos nuestra constancia, nuestra insistencia, nuestra obcecación, en el marasmo siempre cambiante de lo real.



Así la promesa, como dimensión nuclear de la palabra, funda la cadena simbólica. Y, en esa misma medida, hace posible la verdad.

Esa verdad que abre un futuro dotado de sentido para el joven que, en su momento, habrá de afrontar sólo su trayecto.

Promesa: habrá relato

Así, la palabra, por sí sola, manifiesta de la manera más desnuda su esencia: la de promesa.

Si la promesa nos devuelve la estructura esencial de la palabra es porque en ella todo lo que importa es la fuerza de la enunciación que late en ella. Y nos devuelve, por ello, su magnitud energética, es decir, su capacidad de convocar y movilizar el deseo humano.

Si no hay fuerza, si no está bien sujeto a su palabra quien la enuncia, nada valen las palabras. Pero es ésta, la de Ethan, una palabra cargada de fuerza, de peso, de densidad: el suyo es el peso de la verdad.

Es, también, el peso compositivo de Ethan, en segundo término, pero con mayor masa compositiva: diríase que resuena sosteniendo, tras el joven, la promesa de un sentido para su trayecto.

En lo que sigue habrá relato, porque él, el héroe, lo promete.

Ser: fiel a su promesa

Pues el ser no es lo que es.

El ser es, por el contrario, la palabra encarnada que resiste en –y a– lo real.

¿Existe entonces la verdad?

Existe, desde luego, pero sólo en la medida en que el que la enuncia la desee con suficiente intensidad. Quiero decir: con la intensidad suficiente para ser fiel a su promesa.

Pues en ello le va el ser. Es decir: en ello reside el ser: en la palabra que es verdadera porque resiste y hace frente al caos de lo real.

4. De la Deconstrucción a la Reconstrucción: la Creencia

La promesa: más allá de la ficción y la realidad

No se promete con signos, sino con palabras, pues esto es lo que dice el que promete: que en tanto sujeto quiere ser tomado en serio: quiere que se oiga su peso: el peso de su palabra.

Y bien: la promesa es un juramento volcado hacia el futuro: es decir: decidido a construirlo como relato.

A ello se debe otra notable propiedad de esa forma narrativa que constituye la promesa: que no puede ser ceñida bajo las categorías con las que clasificamos los discursos narrativos en términos de *ficción / realidad*. Sencillamente porque la promesa, podríamos decirlo así, es una ficción destinada a realizarse. Y observen qué cosa tan notable: la promesa se nos muestra en eso tan refractaria a estas categorías, ficción y realidad, como el mito.

Mito, acto, sentido

Convendría recordar, a este propósito, que en las culturas míticas, mal llamadas primitivas, el mito es concebido como un relato verdadero. Mas no debe deducirse de ello que el llamado *primitivo* en ningún caso confunde la dimensión del mito con su experiencia cotidiana. Por el contrario, percibe nítidamente la diferencia entre esos dos ámbitos. O, para expresarlo en términos modernos –sin duda poco apropiados, pero útiles para facilitar nuestra comprensión–: no confunde nunca la *verdad* del mito con lo que nosotros identificamos como la *objetividad* de la realidad cotidiana.

Por el contrario, parte del presupuesto de que para que su experiencia cotidiana pueda tener sentido, para que pueda ser verdadera, debe estar conformada por el modelo del mito –pues es en él, y no en el plano de lo empírico cotidiano, donde reside su verdad, es decir, su sentido. De manera que sólo en tanto el mito conforme la experiencia cotidiana, ésta podrá llegar a ser verdadera. Es decir: sólo entonces habrá de tener sentido.

Ahora bien, ¿cómo, después de todo, podría no ser así? Pues, desde un punto de vista materialista, ¿cómo sería posible pensar que un acto humano pueda tener sentido fuera del relato que lo produzca?

Hablamos, desde luego, del sentido: pues es esto, y no el significado, lo que se juega en el mito. Pues todo acto humano tiene significado –existen siempre signos capaces de describirlo y, por esa vía, volverlo inteligible, significativo–, pero eso en nada garantiza que pueda tener sentido. Es decir: que pueda ser vivido –sentido– por el sujeto que lo actúa y lo padece como necesario y, por eso, cargado de sentido.

La causalidad del relato

Conviene recordarlo: nada garantiza que un acto humano tenga, en sí mismo, sentido. El sentido para nada está garantizado en lo real, como lo prueba nuestra experiencia cotidiana, siempre amenazada por la dispersión, la gratuidad, la asignificancia, el vacío de sentido.

Nada, por eso mismo, tan difícil y, sin embargo, tan necesario, como poder lograr que ciertos actos de nuestra vida –sería absurdo esperar que todos– puedan constituirse en necesarios, realmente justificados, dignos, cargados de sentido.

Por otra parte, si prestamos una mínima atención al devenir contemporáneo de las ciencias, y nos referimos a las ciencias duras, no precisamente a las sociales, en esto notablemente atrasadas, observaremos que las nociones de azar, probabilidad –como rechazo radical del concepto de causalidad, caos, catástrofe y agujero negro perfilan una caracterización de lo real donde para nada el sentido está garantizado.

Y bien, si la noción de causalidad (la cadena causa-efecto) ha sido fundadamente expulsada del campo de las ciencias de la materia, desde la física a la química o a la astronomía, ¿no es ésta la mejor prueba de que esta noción, la de causalidad, constituye la propiedad esencial, el efecto de sentido nuclear, de esa forma de discurso que es el relato?

Pues sólo el relato, en tanto se erige frente al caos de lo real, puede introducir en la experiencia humana una cadena causal que constituya una matriz de sentido.

...Y así, si nuestra experiencia personal (biográfica) y colectiva (histórica) puede ser vivida como una realidad inteligible, coherente, dotada de sentido (y el sentido es también, después de todo, esa flecha necesaria que va de la causa al efecto, esa flecha que tanto más se nos descubre excluida de lo real, tanto más se nos evidencia generada por la narratividad), ello depende de la existencia de relatos densos, simbólicamente necesarios.

Cambio de episteme

Concluiré, por ello, diciendo que la verdad no es lógica, ni objetiva: su dimensión no es la del código, no es la del orden semiótico.

Pero no por ello la verdad carece de dimensión –pues lo que carece de dimensión no puede producir efectos y, sin embargo, nada, en el campo humano, produce tantos efectos como la verdad.

Les estoy proponiendo un cambio de episteme: de la episteme de la Deconstrucción a la episteme de la Reconstrucción, es decir, a la episteme del Relato.

Pues ese es el campo de la verdad: el campo donde la palabra instaure algo que no existía antes de ser pronunciada. Tal es la eficacia –simbólica– de la palabra verdadera: la palabra que introduce en el mundo algo que, antes de ella, no estaba –y en ello estriba el acto radical de la creatividad humana.

La verdad es, entonces, la dimensión misma de la palabra en tanto fundadora del espacio humano.

Pero su existencia exige, necesariamente, de un acto de heroísmo: la verdad es la palabra que se sostiene en la medida en que hay sujetos que pagan un precio por ella.

Por eso, la Episteme del Relato debe resituarse a la Ética en el corazón mismo de todo proyecto humano del saber.